



El campo y las gentes de Mallorca han cambiado poco, ya que hasta ahora la destrucción sólo ha afectado a la costa.

*Veo envidia que arrastra
mis hijos a perdición.
Si queréis saber quién soy
soy la isla de Mallorca.
Mis hijos desobedientes
me han sometido a extranjeros.
Por los sus malos gobiernos
han expulsado concordia.
Ignoro por qué razón
mis hijos me han repudiado
ni por qué la división
se ha establecido entre ellos.*

ANSELM ABDALLAH TURMEDA

*(Coplas de la división del reino
de Mallorca). 1398.*

La isla de la calma. La sobrasada. La ensalmada. He aquí cuanto sabemos de Mallorca, incluso a tan pocos kilómetros geográficos y culturales como hay entre Barcelona y Palma. Desde Madrid, Mallorca aparece como una inmensa alcoba donde un 24 por 100 de las parejas del país han pasado el cuarto de hora de la verdad. Adelantada del «boom» turístico hispano. Otra frase que merecería ser acuñada en una moneda conmemorativa. Ciudad piloto de la divisa. Una frase rigurosamente nueva que jamás osaré presentar a ningún concurso de «slogans» del Ministerio de Información y Turismo.

CRONICA DE LA DESTRUCCION DE MALLORCA

Desde hace un año circulaban por Barcelona confusos rumores sobre la formación de un grupo cultural mallorquín que reivindicaba el sustrato árabe de la isla, frente al catalanocentrismo de la tesis de «los países catalanes» (Cataluña, Valencia y las Baleares, el Rosellón, Alguer). Incluso en una entrevista concedida al «Correo Catalán», Llorenç Villalonga ironizaba a costa de un «partido arabista» mallorquín. Los supuestos militantes desmentían inmediatamente la existencia del

partido (lejos de nosotros la funesta manía de los partidos que tantas desgracias nos han scarreado, por ejemplo: el desastre de Lavite), pero la escaramuza sirvió para que la minoría culta de Barcelona tomara conciencia de que algo pasaba en Mallorca.

Y una noche tuve ocasión de hacer la pregunta: «¿Qué pasa en Mallorca?» En la propia ciudad de Palma, al calor de una botella de excelente vino de Binissalem y tras el variado paladeo de un plato de frit mallorquí. Estaba

rodeado de «supuestos arabizantes» por todas partes y las respuestas iniciales fueron un tanto desdenosas. «Aquí no pasa nada. ¿Acaso no has leído en el Viaje a Mallorca, de George Sand, que somos unos monos? Y en el relato de Cabanyes sobre su viaje por aquí, ¿no has leído que el asno es el animal más importante de la isla? ¡Qué mal hemos pagado el esfuerzo de los catalanes y españoles por civilizarnos y cristianizarnos!»

Poco a poco la conversación entró en el cauce de la sinceridad y los «arabizantes» me dijeron cuál era su principal preocupación: «Se trata de recuperar nuestras señas de identidad».

Señas de identidad

En el momento en que yo estaba en Mallorca, el «best-seller» en las librerías era *Cocina selecta mallorquina*, de Colonias Abrinas Vidal, y encontré a los intelectuales «arabizantes» empeñados en la búsqueda de cerámica popular por todo el país. Precisamente en estos días (primera quincena de junio) se inaugura en Palma una exposición de cerámica popular que será, hasta la fecha, la máxima concentra-

MANUEL VAZQUEZ MONTALBAN

ción de este tipo jamás celebrada en Mallorca. El libro de Coloma Abrinas es una delicia de inconcreción y de memoria popular. Todo cuando ha dado de sí la imaginación para guisar hierbas y cerdo lo ha recogido esta nonagenaria que termina su libro con unas canciones dedicadas al general Valler (¿Weyler?) y una ofrenda al Jefe del Estado. Coloma Abrinas ha escrito un libro fascinante, especialmente porque en ningún momento da la menor referencia sobre las cantidades y aunque el guiso está muy bien explicado, se corre el riesgo de la cordedad o el exceso.

Los jóvenes intelectuales empeñados en la búsqueda de cerámica popular por los hornos alfareros del país y la nonagenaria ex cocinera que se fue a servir a Palma a los trece años, tienen un común denominador. Ambos son síntomas de esa búsqueda de las señas de identidad, que han quedado como misteriosamente conservadas en el imperturbable interior mallorquín, en su campo hermético, impermeable al «boom» turístico, donde la lengua se ha hecho más cerrada, como para convertirla en un vehículo de comunicación no violable por el oído del extranjero. La cultura gastronómica del pueblo, ligada a los bienes comestibles de esta tierra, puede convertirse en una auténtica lección indirecta de la historia económica de la isla. Y en cuanto a esas figurillas de barro, pintadas de blanco, con extrañas morfologías variantes y un soplador, que por aquí se llaman «siurells», representan un asidero con la expresión más primaria del gusto popular. El «frit mallorquí» frente al «steak» con patatas fritas del turismo, el «siurell» como espejo artístico que se opone, tan frágilmente, a los retratos culturales de Mallorca: la Sand, Cabanyes o el retrato de la casta dominante, por otra parte tan magistralmente realizado por Llorenç Villalonga.

Estos dos síntomas, indirectos, coinciden con la radicalización de la polémica a propósito del pasado y el futuro de Mallorca. Los pretendidos «arabizantes» no han hecho otra cosa que, en busca de esas señas de identidad, llegar por el túnel del tiempo a la importante aportación árabe, humana y cultural que, según ellos, la conquista catalana y el posterior dominio centralista, se limitó a ocultar, sin calar en lo profundo de la realidad isleña. La investigación ha movilizado, sobre todo, a historiadores, geógrafos, economistas, en busca de las piezas que faltan a este complicado rompecabezas mallorquín. Los arqueólogos suelen descubrir ruinas de varias ciudades superpuestas, pero los arqueólogos del pasado mallorquín parten ya de una confusión ambiental descorazonadora. La isla aparece embutida de extranjeros durante todo el año. Hasta ahora, los esfuerzos de racionalización de su pasado y su futuro, han partido de la conquista catalana, y

aun con fuertes recelos de los centralistas a ultranza. Desde esta complicada posición de salida se hace muy difícil llegar al fondo del fondo.

Pero apartarse de Palma y meterse por la isla ayuda bastante en esa búsqueda de las raíces. El campo y sus gentes han cambiado poco. Hasta ahora, la destrucción sólo ha afectado a la costa. Ese cáncer de sol y yodo que va destruyendo países que se dejan destruir y al que llamaremos, para entendernos, turismo, ha tomado las playas como en los desembarcos. Ha creado cabezas de puente y tiene cercado el interior de la isla por sí los nativos les hostigan. El paisaje les gusta a los turistas. Ya George Sand decía, en su viaje a Mallorca, que era un paisaje inmerecido por el paisanaje. De siempre ha sido mal comprendido este mallorquín que no tenía el refinamiento de su aristocracia, ni el morbo del paria chueca, ni la servidumbre del camarero. Este mallorquín receloso, desconfiado, introvertido, con la «... pavorosa soledad de isleño» de la que hablaba Gerardo Diego, secularmente pobre, invadido, sometido, que ha participado en el orden del universo a través del cerdo y que ha aprendido desde siempre que hablando la gente no se entiende.

La socialista aristocrática

Gabriel Alomar, uno de los intelectuales más interesantes y lastimosamente olvidados de la segunda república, dejó escrito un comentario crítico al libro de George Sand sobre su estancia en Mallorca. Estas pocas páginas del intelectual y político mallorquín son uno de los más afortunados retratos de la estructura social, política y humana de la Mallorca del siglo XIX, que empezó a ver su pobre calma alterada por los buscadores de sol y calor. Alomar, a pesar de los continuados insultos de madame Dudevant (alias George Sand) contra los mallorquines, tiene una inmensa capacidad de comprensión. El socialismo aristocrático, dice Alomar, de George Sand, ¿cómo podía entender a aquella población recelosa y en precarias condiciones de vida? La Sand llegaba a Mallorca con un amante tuberculoso, con su mentalidad de mujer emancipada, protagonista de la conmoción política y cultural de la Francia que quemaba rápidamente las etapas de la revolución burguesa para asumir el inicio de la revolución obrera. ¿Cuál era el estado social de Mallorca en 1838?, se pregunta Gabriel Alomar: «... si el absolutismo político no era, en verdad, una pasión popular en Mallorca, no así la intransigencia religiosa, la cual inmovilizaba el modo de ser moral e intelectual de toda la población, levantando un muro granítico contra la invasión de los ideales nuevos,

que agitaban el mundo de fuera, inficionándolo como una epidemia. Este misoneísmo, como hacíamos notar en otra ocasión, no tenía el vigor de los ideales nuevos, de los ideales colectivos de mañana; pero tenía, en cambio, el vigor de los ideales de ayer, en donde, para los espíritus sencillos, se concentra algo que forma parte de la propia esencia, del alma propia, de la familia, la casa, las creencias heredadas y patriarcales, los dioses familiares y domésticos, la vida de todos los días». Insiste más adelante: «El aspecto religioso fue, pues, el que sostuvo en Mallorca la resistencia a los tiempos nuevos, cuya hora había sonado. Si la palabra libertad se entendía siempre como irreverencia, como transacción descarada con el mal, se oponía también al concepto de igualdad la persistente y radical división en castas sociales entre las que mediaba apenas alguna comunicación».

Este mundo anclado, supeditado a la agricultura, a ganadería menor, que tenía el cerdo como la proteína por excelencia, tuvo una mala observadora en George Sand. No es que esta situación no fuese común con la de muchísimas regiones de Francia, pero de siempre los intelectuales franceses han creído en la identidad París-Francia y la Mallorca de 1838 poco tenía que ver con la entonces indiscutible capital del mundo. La Sand tenía la misma insuficiencia de método crítico de Balzac, pero carecía del inmenso poder de absorción, de la monstruosidad esponjil del novelista con respecto a la realidad. A pesar de su familiaridad con los textos de los socialistas utópicos, podía más en la escritora el subjetivismo romántico, que no pasaba de la relación sensitiva con las cosas: «La prudencia del español y la desconfianza del insular llegan tan lejos, que un extranjero no debe preguntar a nadie la cuestión de la menor importancia imaginable, si no quiere correr el peligro de pasar por agente político». La Sand guiso, voluntariamente, desconocer el papel que secularmente ha jugado el miedo en la formación de la conciencia de los pueblos de España.

No entendió nada de los condicionamientos brutales que pesaban sobre «... este campesino que no sabe hacer más que rogar, cantar y trabajar y que nunca piensa. Su oración es una fórmula estúpida que no tiene ningún sentido para ellos; su trabajo es una operación de los músculos que ningún esfuerzo de su inteligencia le enseña a perfeccionar; y su canto es la expresión de esta monótona melancolía que le abruma inconscientemente y cuya poesía le conmueve sin revelarse. Si no fuera por la vanidad que de vez en cuando le despierta de su letargo para incitarle a bailar, sus días de fiesta estarían consagrados al sueño».

No entendió nada de la adoración sentida en el campesinado mallorquín

por los cerdos: «El principal comercio exterior consiste en almendras, naranjas y cerdos. ¡Oh, bellas plantas hespérides guardadas por estos dragones inmundos; no es culpa mía si me veo forzada a unir vuestro recuerdo al de estos innobles cerdos que el mallorquín conserva más celosa y fieramente que vuestras flores embalsamadoras y vuestras manzanas de oro! Pero este mallorquín que os cultiva no es más poético que el diputado que me lee». No perdonaba fácilmente la escritora que el gruñido de los cerdos turbara el mal estado de ánimo de Chopin en el barco que les llevaba a Mallorca y que el capitán y la tripulación mallorquina sloglara al cerdo como merecía su condición de reserva alimenticia de todo un pueblo. La Sand no encuentra nada de su agrado: «las cabras, de raza africana, dan menos leche que las cabras francesas», «el cultivador francés tiene una energía y una perseverancia que el mallorquín despreciaría como una desordenada agitación», en Mallorca no saben engordar buenas, ni utilizar la lana, ni ordeñar vacas, «... puesto que detestan la leche y la mantquilla, tanto como desprecian la industria»; además... «... como no saben producir el trigo suficiente para atravesarse a comerlo, ni cultivar la morera para criar el gusano de seda, como han perdido el arte de la carpintería, como no tienen caballos...». En fin, ninguna gracia encuentra la escritora a cualquier actividad o no actividad humana. En cambio, el paisaje la encanta.

La Sand tiene algunas observaciones notables sobre la relación que hay entre el régimen feudal agrario y la inexistencia de industria. Pero de esa relación no extrae la consecuencia de la psicología de la población. Se nacia mallorquín como se nacia pobre y en este sentido el socialismo aristocrático de George Sand más parecía precursor de Heriberto Spencer o de John Foster Dulles, que de Carlos Marx o el «Ché» Guevara.

Por no gustarle, no le gusta ni la cocina del país: «Estoy segura (madame Dudevant mantiene en todo el libro el género masculino, puesto que firma George Sand) de que en Mallorca se confeccionan con el cerdo más de dos mil clases de platos y, por lo menos, doscientas especies de embutidos, sazonados con tal profusión de ajos, pimienta, pimentón y especias corrosivas de todo género, que peligra la vida en cada bocado».

Increíble calumnia. Nadie puede decir semejante barbaridad después de haber probado un «camallot», un embutido que merecería un lugar de honor en la mesa de cualquier príncipe Leczinski. George Sand convierte el libro en un desquite abusivo contra pobres gentes que no estaban en condiciones de entender a una mujer que parecía llegada de otro planeta. Pero tal vez tuvieran la razón dialéctica aquellas ignorantes gentes que se de-

CRONICA DE LA DESTRUCCION DE MALLORCA

huellas del Islam a lo largo de la Edad Media, antes y después de la llegada del gran Jaume el Conqueridor. Miquel Barceló, agresivo y bien pertrechado por la lengua polémica que suele caracterizar a los científicos anglosajones (no en balde fue profesor universitario en Nueva York) ha sido uno de los profetas más espectaculares del descubrimiento de la fundamental identidad árabe de la isla. Tanto el esfuerzo crítico de Toni Serra, o el histórico científico de Rosselló Bordoy o Miquel Barceló, o el literario de Frontera, Albertí y un largo etcétera, tal vez no sirvan para convencer a tirios y troyanos sobre esta tesis, pero al menos sirve para conformar uno de los más positivos núcleos culturales que yo he visto en la vastedad hispánica en que estoy empadronado.

Hay en Mallorca en estos momentos un clima de apasionamiento ante el tema que sirve de motor cultural para sus apologetas e impugnadores. Los «panárabes» emplean un lenguaje despectivo contra los que consideran fundamental y casi definitiva la identidad catalano-mallorquina. A estos les llaman «mollorquines», neologismo derivado del patriarca Francesc B. Moll. Pero más irritación sienten contra los mallorquines que se han alienado en el «boom» turístico y son partidarios de una isla convertida en el paraíso de las vacaciones para la Europa industrial. A estas especies las califican de «euros».

Quedan una serie de intelectuales un tanto descolgados del centro de esta cuestión. Algunos voluntariamente y con una gran distancia irónica: caso Baltasar Porcel. Otros aplican su talento volteriano contra los panárabes, a los que llaman «moritos». En esta posición está Llorenç Villalonga. Otro de los mallorquines que ha prosperado intelectualmente es Josep Meliá. Al Meliá sus compatriotas panárabes le reprochan que se haya ido nada menos que a Madrid a buscar las «señas de identidad».

Otros nombres aparecen en este curioso «affaire» que sorprende la natural ignorancia que en España se tiene de cuanto ocurre en España. Por ejemplo, cuando estalló la polémica entre panárabes y pancatalanos, una de las cabezas visibles del pancatalanismo, el barcelonés Coll Alentorn dijo, en una conferencia celebrada en Palma, que tal vez sería interesante realizar una prueba de sangre entre el campesinado mallorquín para saber cuánto árabe quedaba. Había que leer la respuesta que escribió Miquel Barceló.

La prensa de Palma sirve de soporte a esta polémica y acoge por un igual las picas clavadas en Barcelona por los «emigrados culturales» que llegan a más y los cruces de espadas entre los intelectuales que se quedan y buscan con el candil de la pasión y la lucidez, las señas de identidad. De momento una nueva colección, Turneda, que sobre todo dirige Toni Serra,

ha vitalizado el campo de las ediciones, en busca de un «bestseller» concienciador que vaya más lejos que las recetas de Na Coloma Abrinas. Otros dos pilares de este renacimiento identificador mallorquín son la cantante María del Mar Bonet y la Sala Pelaires. La cantante ha ayudado a sensibilizar al público catalán sobre el pueblo que coge olivas y canta con aquella nostalgia que tan poco supo apreciar George Sand. Y en cuanto a la Sala Pelaires, convertida en un centro de proyección cultural, de vez en cuando puede prescindir de la servidumbre de la clientela «euro» para montar exposiciones como la que ahora la ocupa: la alfarería popular.

Acompañé a los hermanos Quetglas y a Miquel Barceló en un recorrido por la isla en busca de familias alfareras y de sus productos. Vi de cerca esa vieja Mallorca que ha sobrevivido a las destrucciones cruentas e incruentas, a los piratas, a los colonizadores, a los turistas. Con nosotros venía una muchacha, perito agrónomo, que se gana la vida como vendedora de piensos compuestos. Increíble. Recuerdo, al recordarla, los testimonios de desconfianza ante mujeres emancipadas que recogen tanto la Sand como Cabenyens.

—Los campesinos —me dicen— han conservado parte de su recelo. Pero en cuanto les hablas de cosas que les gustan y en las que están de acuerdo...

—¿Por ejemplo?

—En cuanto les hablas mal de los turistas...

Desde cualquier postura de recuperación de la tan traída y llevada identidad mallorquina, hay dos problemas fundamentales: concienciar a todas las fuerzas sociales y económicas de la isla de que es preciso crear una opción al turismo y además interesar en esa búsqueda de la identidad al casi 20 por

cientos de inmigrante español, un tanto por ciento en perpetuo crecimiento. Las viejas castas o bien consideran que el mundo está bien hecho y que Barcelona está tan lejos como Madrid o Pretoria, o bien comulgan con un catalanismo mínimamente politizado, a nivel de la Europa de las regiones. Cualquier intento de afrontar el problema ha de implicar al proletariado pueblo mallorquín, sea o no sea su problema, la lengua catalana o la supervivencia del sustrato árabe.

De esto son conscientes todos los que son conscientes de que la destrucción de Mallorca vive ahora su fase más peligrosa. Peligrosa porque es una destrucción no declarada. Peligrosa como pueda serlo una de esas guerras no declaradas o una de esas luchas de clases no legalizadas. Cada día hay más turistas, cada día la isla se extrañeriza y se extraña a sí misma. Los catalanes no han cumplido aquí ni siquiera una función capitalizadora y ya no hablemos del restante capitalismo peninsular. Aquí han invertido todos los menos dotados para entender el problema que sus inversiones han creado.

Esta isla es para el turista que llega como unas cómodas zapatillas de alquiler para unos pies cansados. El turismo es un medio de incomunicación más. Es un simple supermercado previamente regulado que sólo recoge imitaciones del alma de los pueblos, sus tópicos de exportación. Y los turistas apenas si han dejado otra huella en Mallorca que el aceite de bronceado, el «bikini» y el whisky con hielo, y una riqueza fugitiva y falsa cuyos medios de producción incluso abandonan las manos «nativas». Es cierto que aquí vive Robert Graves, uno de los mejores escritores en lengua inglesa, pero mantiene con los nativos una incomunicación que podríamos llamar turística.

La solución final

En su estudio «Evolución reciente y estructura actual de la población en las islas Baleares», el geógrafo Bartomeu Barceló Pons (no hay que confundirlo con el historiador Miquel Barceló ya citado) dice: «Las islas, al comportarse como otros tantos microcosmos o síntesis de continentes, constituyen unos auténticos laboratorios naturales que facilitan el estudio de la adaptación de un grupo humano a un medio natural exactamente definido, donde las aportaciones perturbadoras del exterior son fácilmente identificables y que, disponiendo de recursos escasos, éstos resultan de fácil inventario. Economías sumarias, incompletas, reflejan con frecuencia lo que sucede en las tierras que bordean el mar en que se hallan situadas».

En cierto sentido en estas palabras

podemos leer el papel que cumple en estos momentos Mallorca con respecto a España: un laboratorio donde se ha venido experimentando sobre una posible solución final turística para toda España. El problema afecta ahora a las islas Baleares, convertidas en unas auténticas tierras de nadie y de todos, donde la vieja casta aristocrática poseedora de la tierra se ha visto sustituida por los inversores ingleses, sultos, sudafricanos, alemanes que han comprado un lugar bajo el sol para comercializarlo. Recientemente, Cuadernos para el Diálogo publicó un suplemento dedicado a la problemática socioeconómica del turismo en Baleares. El trabajo tenía la meticulosidad y el rigor crítico que caracteriza ese periodismo informado y «rara avis» que cultiva Guillermo Luis-Díaz Pla. En este trabajo se recoge la evolución de estos últimos veinte años de «boom» turístico balear y el cuadro no puede ser más sobrecogedor. Por debajo de la rutilancia de los anuncios luminosos, del dinero que circula por las cajas registradoras de los hoteles, aflora el problema de una nueva fórmula de colonización. Cuando el país se agita por el peñón de Gibraltar, otros peñones coloniales surgen por doquier, y en el caso de Mallorca destruyen no la soberanía política, sino la soberanía antropológica de unos hombres sobre su medio.

En 1953 se celebró en Mallorca el Congreso Internacional de Skat Clubs, originariamente programado para Amsterdam. Pero las inundaciones empujaron a los congresistas hacia el Sur y una mañana (o tal vez a media tarde) recalaron en las costas de Mallorca. Entonces descubrieron una tierra de promisión económica. Un ejemplo: los visitantes británicos en 1952 no llegaban a los 10.000; en 1970, nada menos que 757.087 ingleses tomaron el sol en Mallorca. En el período de entreguerras, Mallorca vivió un turismo de lujo, minoritario, equivalente al que poblaba la Costa Azul en los años veinte, y que interpretó la hermosa novela de Scott Fitzgerald. «Suave es la noche». Era un turismo que apenas si constituía una mancha en el paisaje. De ese turismo no queda nada. Se habla de que un ilustre banquero y mecenas español posee una ensenada propia, bien guardada por servidores bastante bien armados. Pero este turismo feudal no hay que confundirlo con el turismo dorado de aquellos años, tan bañado en whisky como en agua del Mediterráneo.

Todavía en 1950 el número de turistas españoles (turismo interior) duplicaba el de extranjeros. Eran los buscadores de sol y alcaoba: parejas de recién casados. Pero, ya en 1960, los turistas de un solo país, Inglaterra, superaban el total de españoles visitantes. Todavía no existía la modalidad de «vuelos charter», que para un inglés convertía el verano en Mallorca



Fuente: Sindicato Provincial de Hostelería, «Análisis sociológico de la Hostelería en Barcelona», 1970.

CRONICA DE LA DESTRUCCION DE MALLORCA

en algo tan asequible como comprarse cinco kilos de naranjas en un supermercado de medio pelo. Guillermo Luis Díaz-Pla dice: «Para comprender el principio en que se basó la transformación del modo de concebir y realizar las vacaciones en el extranjero, hay que acudir a dos palabras claves: "charter" y "tour operator"... En cuanto al "tour operator" es el sucesor natural de la agencia de viajes tradicional, a la que ha sobrepasado claramente, por su visión de la evolución del mercado. Mientras que la agencia seguía aferrada al esquema clásico, la suma del precio del billete de avión en línea regular más los quince días en el hotel, no podían ser inferiores a una determinada cota. La intuición del "tour operator" consistió en acudir a las compañías "charter", que abarataban de cinco a diez veces el precio del viaje, por una parte. Por otra, a medida que han sido capaces de controlar —por su red de agencias, propaganda y promoción— la demanda, han presionado sobre la oferta hotelera. Mediante la reserva en firme de un número elevado de plazas, mediante el pago adelantado, han conseguido rebajas muy sustanciales en los precios habitación-día».

En el estudio realizado por el Sindicato Provincial de Hostelería de Baleares, se daban las nueve condiciones mínimas que debe reunir una zona turística para recibir turismo masivo: país latino, paz y estabilidad político-social, clima soleado y mar tranquilo, accesos por aire, precios a la baja, concentración hotelera inicial, paisaje pintoresco, empresariado preparado, emplazamiento para líneas aéreas. ¿Conocen a este sujeto?

Las Baleares están divididas en diez zonas de promoción turística sistemática, científica, diríamos. Nada que oponer, si la opción turística fuera eso, una opción, y no la única salida, esa solución final para una España reducida a sus costas y a la posible formación futura de un mar interior que las duplique. Mallorca es ya hoy el lugar donde pasan las vacaciones los obreros del Mercado Común y los ancianos jubilados de Escandinavia. Tampoco nada que oponer, si este hecho no convirtiera a la población aborigen en camareros, obreros de la construcción, campesinos y pastores, para siempre obligados a tener preparadas las zapatillas para el reposo del guerrero industrial europeo.

Por otra parte, la impotencia del capitalismo mallorquín para desarrollar una industria autóctona se ha perpetuado a la hora de plantear la industria turística. «La escalada de la colonización económica —dice Díaz-Pla— no se termina. Actualmente, los grandes grupos financieros que representan a los "tour operators" han comenzado a construir sus propios hoteles. Por ahora no son muchos, pero de seguir la tendencia, las consecuencias previ-

sibles son nefastas, porque, como es lógico, el "tour operator" enviará preferentemente a los turistas a sus propios hoteles, y sólo cuando los tenga completos acudirá a los otros, cuyo control de precios seguirá teniendo».

«Estas nuevas edificaciones hoteleras figuran, teóricamente, a nombre de propietarios españoles, pero son nombres de paja. Por este procedimiento se puede llegar al control de los ingresos por "contemplación del paisaje", rigurosamente programada por los "tour operators". Es posible que en un futuro, a la reivindicación del Peñón de Gibraltar, debemos sumar la de las Cuevas del Drach», dice Díaz-Pla.

Mallorca ha pasado sin transición desde la realidad de George Sand o Cabanyes a la realidad del vuelo «charter», del «...millón seiscientos mil personas (que) vinieron aquí habiendo dejado pagados en Londres, Frankfurt o Estocolmo sus viajes y estancias por valor de 30, 40 ó 50 libras... Es decir, que a las Baleares vienen con el dinero de bolsillo...». Un turismo masivo, depredador de costumbres, que consume según las especiales reglas de la oferta y la demanda turística: «bisteca» con patatas, «cantaoras» de flamenco adocenado, botijos, «slurris», eso sí (¡qué curiosa la estampa de un niño inglés soplando por un juguete que fue, y en cierto sentido es, la huella del nivel cultural natural de todo un pueblo!). Ese turismo, apenas si llega a la ensaimada y la sobrasada. No han llegado todavía al «camillot», de ahí el superior nivel medio que conserva la pureza comercial de este embutido con respecto a la sobrasada.

La isla se ha llenado de inmigrantes de toda España que cubren, sobre todo, los trabajos de construcción. El campesino sigue en sus pueblos del interior, resabiando su lenguaje, a veces simples interjecciones en ninguna gramática registrada. Sigue amando el cerdo, Dios de la vida, como la aman los campesinos gallegos o extremeños, como lo ama todo español que le debe más que a la ternera. Las gentes más lúcidas intentan medrar en el mundo de los negocios del sol o buscan la promoción cultural en Barcelona o Madrid: los de Barcelona, tras la estela de Villalonga o Baltasar Porcel, y los de Madrid, casi inevitablemente, tras la estela de don Antonio Maura.

Pero también hay gentes lúcidas que se quedan y tratan de recuperar las señas de identidad, y aunque ni quito ni pongo Rey, entre los que buscan esas señas de identidad en Jaime el Conqueridor, o los que las buscan en el sustrato árabe, o los que piden una síntesis y una asunción de unas y otras raíces, si me apunto a una reivindicación, que algún día estará al alcance de cualquier comunidad de nuestro país, de nuestro mundo: realizarse a partir del punto justo donde coinciden, se rechazan, pero enriquecen mutuamente, la tradición y la revolución. ■ M. V. M.

La Capilla siXtina

LA EDUCACION DE LOS HIJOS

Un servidor no tiene hijos conocidos, y a ello atribuyo buena parte de la tranquilidad, que no consigue quitarme la situación política o deportiva del país. Si no fuera por los sobresaltos que me produce pasar de la primavera política al invierno político siberiano, si no fuera por lo mal que se juega al fútbol por aquí y por lo caros que se han puesto la ternera y el bacalao, yo sería un hombre sin grandes angustias metafísicas. Contra lo que va diciendo la jovencita Moix por ahí, a mí no me duele España ni casi nada. Tengo una excelente salud heredada de un sanísimo árbol genealógico, en el que se juntan campesinos gallegos con marinos murcianos. De ahí debe provenir mi entusiasmo por el lacón con grelos y por el embutido con metalaiva.

Pues bien. Los hijos no son materia de mi preocupación. Pero no desconozco el problema. Tengo amigos y algunos se han complicado la vida hasta el punto de casarse, formar una familia y tener hijos. A mis amigos les preocupa el problema de la educación cultural de los niños, como es lógico. Pero también les preocupa el problema de la educación política. Mis amigos son mayoritariamente «izquierdosos», a qué negarlo. Dios los cría y ellos se juntan. Mientras los niños son pequeños no hay problema, aunque les ha asustado mucho un artículo que publicó, en TRIUNFO, Vázquez Montalbán, en el que aseguraba que en algunos colegios filológicos investigadores preguntan a los parvulísimos niños de tres años: «¿De qué hablan tus papás en casa?».

Los problemas vienen después. Cuando los niños crecen y juegan a indios y vaqueros, a policías y ladrones. ¿Qué debe hacer un padre progresista? ¿Una madre pos-Mayo? Los hay que desmitifican de raíz.

—Ernestito, los vaqueros son malos y los indios son buenos.

Ernestito, víctima de la propaganda, suele contestar:

—No entiendo nada de nada, papá.

Y el buen padre contempla cómo los «mass media» destruyen la armonía ideológica de la familia. Pero otros padres, igualmente «progres» y pos-Mayo, han adoptado una táctica diferente.

—Hay que partir de la lucha ge-

neracional. Si los padres parecemos «progres», los niños saldrán de derechas. Lógicamente hemos de aparecer ante ellos como unos reaccionarios.

Y haciendo de tripas corazón, muchos padres han dicho delante mío, a pocas yardas de estas mis orejas, frases así:

—No debería quedar un vietnamita vivo. Los americanos deberían exterminar a todos los niños, viejos y mujeres del mundo.

Los niños, destinatarios de la salvajada verbal, reaccionaban de muy diversas maneras. Todos discutían el derecho de los norteamericanos a matar niños; las mujeres y los viejos les importaban menos, con tal de que no fueran de la familia.

En fin. El sistema no demuestra su eficacia y sólo sirve para que el matrimonio discuta posteriormente y se eche en cara excesos maquiavélicos: «Te has excedido cuando has dicho que Fidel Castro era el brujo malo del Caribe». «Pero si era por su bien ideológico», razonaba el cónyuge. Difícil papeleta. Y por si no estuviera ya bastante convencido, el otro día asistí a una reveladora escena. Unos padres «progres», muy preocupados por esos españolitos que vienen al mundo, ... y una de las dos Españas ha de helarles el corazón», vieron cómo una hija, una niña que se llama Mima, de Myriam, les regalaba un tratado sobre la pena de muerte que había comprado en la papelería de la esquina. La niña tiene ocho años y una vaga idea de estas cosas, pero había comprado el libro para su madre en el día del cumpleaños. Era un obsequio a la figura querida y a las ideas de la figura querida. La hija abastecía de ideología crítica a la madre, porque, de una u otra manera, de ella había recibido este alimento vital.

Y me marché de la casa con un pequeño nudo en la garganta. Será cierto que es irremediable. Que, a pesar de disfrazarnos de reaccionarios, nuestros hijos heredarán nuestra historia de víctimas, el rigor de un invierno en el que ya nacimos, del que tal vez jamás conseguiremos salir.

Aunque, al fin y al cabo, que se las arreglen los que no pensaron en este problema a tiempo e incurrieron en el pecado de optimismo biológico de optimismo histórico.

SIXTO CAMARA